

CONCLUSIONES

En arquitectura, la relación de sometimiento activo de la estructura, que no de sumisión pasiva, obliga a una relación de conocimiento en su concepción. Este conocimiento, empírico o analítico, al entremezclarse con otros vectores que concurren a la determinación formal, hace necesaria una incorporación razonada que forma el componente científico de la arquitectura. Este componente científico complementario en la interpretación es ineludible en la concepción.

En la arquitectura histórica, la expresión de la estructura es un valor ajeno a las culturas que dan soporte a esas arquitecturas. No se puede juzgar a esas obras con criterios de ciencia mecánica.

Los medios estructurales que por su inevitabilidad han sido el vehículo de expresión más frecuente están lejos de ser congruentes con la forma, con la voluntad de forma.

Las interpretaciones de la arquitectura antigua como ejemplo de racionalidad estructural, de lógica constructiva, colisionan con una realidad contradictoria.

La deliberación formal alcanza su límite en las posibilidades de la estructura. Toda proposición restrictiva en el campo estructural es, sin embargo contradictoria por la realidad imaginativa.

Hay una relación equívoca entre el asombro técnico que provoca determinada arquitectura precientífica y el caudal de conocimientos supuesto al constructor. Sin embargo la realidad cultural de la época hace inadecuadas determinadas suposiciones en su valoración.

Hay que enmarcar los elementos constitutivos de la arquitectura en un discurso más amplio que el puramente técnico para entender su auténtica función.

Los escasos discursos en la antigüedad sobre los elementos estructurales son más arquitectónicos que técnicos, y radiografían de forma nítida los valores de esas arquitecturas.

La belleza para los estructuralistas es ante todo cuestión de adecuación al uso poniendo especial énfasis es la expresión estructural.

La polémica en torno a la arquitectura gótica a mediados del siglo XIX refleja las corrientes culturales de la época a través de la toma de postura en torno a los medios.

El fundamento del equilibrio de una bóveda nervada no difiere del de una bóveda de arista. Tan solo hay una diferencia formal con la inversión caligráfica que provocan las nervaduras y que redundan en una diferente percepción del espacio determinado por ella.

El Racionalismo crea un importante prejuicio en el análisis arquitectónico. Desde el punto de vista racionalista la arquitectura había de ser juzgada por la sinceridad con la que expresa el sistema estructural y se atiene a los hechos de la construcción. De este prejuicio se pueden encontrar manifestaciones en la actualidad.

Las apasionadas discusiones en torno a las nuevas técnicas colocaron a la estructura en un plano significativo que no había tenido hasta entonces. La estructura que siempre había sido un medio al servicio de una idea se convierte en muchas obras en la idea de la arquitectura.

La influencia de Viollet, sobre todo, marca un punto de inflexión en el aprecio cualitativo del sistema estructural.

Hasta la influencia racionalista no se aprecia la estructura con valor en sí misma.

El rigor en el diseño estructural no necesariamente conduce al estructuralismo. La eficacia estética de la estructura no se desarrolla con la técnica estructural sino en su inflexión no siempre lógica y generalmente violentando sus propias leyes.

En la batalla de los estilos el prestigio de la ciencia, que obligaba al respeto por el hecho, reforzó el arte medieval gracias a esta interpretación racional.

La corriente estructuralista del Modernismo que se muestra como alternativa creativa frente al eclecticismo, fecundada por el racionalismo de Viollet, encuentra el límite de lo posible en la técnica artesanal que manejaba.

Con el racionalismo, la estructura empieza a reivindicar sus prerrogativas estéticas y se toma conciencia de que la aportación técnica abre un campo fecundo a la experimentación arquitectónica.

La estructura de pilares permite plantear la estructura espacial como entidad autónoma sin otra relación que la inevitable puntuación del espacio que pauta la estructura portante.

El progreso se asocia, en el primer cuarto de siglo, a la estructura desnuda y consecuentemente se medirá, con fuertes dosis de ingenuidad, por la superficie vidriada que se apodera de las fachadas.

El muro liberado por la técnica moderna de su función sustentante se convierte, paradójicamente, en un elemento arquitectónico mucho más ductil y activo en la configuración del espacio moderno.

La expresión estructural como bandera figurativa es, sin embargo, un hecho superado, un ciclo cerrado. Por contrapartida, la preocupación por la estructura como componente disciplinar no es algo a superar, sino un tema cuyo rigor está, de forma muy sensible, ligado al rigor general del proyecto.

La técnica reivindica su papel de medio cuando se cuestiona su propia lógica. Y su protagonismo se pierde cuando es incorporada al proyecto como un hecho razonable, como un coeficiente de razonamiento en el interno del proceso, y se plantea su oportunidad, su pertinencia en cada caso concreto.

La interpretación de la historia permite la extracción de conceptos que forman el cuerpo disciplinar desde el que opera el arquitecto. Se entiende así la disciplina del proyecto como una búsqueda de coherencia en la confrontación de una serie de ámbitos contradictorios, una serie de campos relativamente autónomos entre los que se mueven las decisiones de todo proyecto.